

Revisiones bibliográficas

La asistencia pública a los leprosos en Mallorca

Antonio Contreras Mas, Ramón Rosselló Vaquer.
El Tall ediciones.
Palma de Mallorca, 1990.

Hubo en Mallorca, siglos atrás, enfermos de lepra. Sobre todo en Sóller. Nos lo vuelven a recordar, de manera erudita, concienzuda, Antonio Contreras Mas y Ramón Rosselló Vaquer, en un libro de muy reciente aparición.

La lepra, esa «greu, pestilent i orrorosa malatía», como la calificaba el Gran i General Consell, es dolencia antigua. Sus orígenes se remontan a miles de años antes de Cristo. Tal vez apareciera por vez primera en China; en la India; en Egipto. Parece ser que en la América precolombina también existió. Desde Asia pasaría, con los Ejércitos de Alejandro Magno, a Grecia y, luego, a Italia. La lepra fue en la Edad Media una de las enfermedades contagiosas más comunes y terribles. Las Cruzadas a Tierra Santa, las peregrinaciones por las rutas jacobeanas, favorecieron, sin duda alguna, su difusión. Pronto se convirtió en una cruel amenaza para toda la Sociedad. Contra ella no había tratamiento médico alguno. Sólo cabía aislar a los enfermos e invocar los auxilios de la divinidad a través de los Santos Protectores: Job y Lázaro.

Los leprosos eran considerados unos muertos en vida. Se les prohibía entrar en las iglesias, los mercados, las posadas, asistir a cualquier clase de reunión, lavarse en las fuentes y los manantiales, tocar nada ni a nadie; tener relaciones sexuales. Para hablar tenían que ponerse de espaldas al viento. Debían llevar una larga túnica que les cubriera todo el cuerpo, un

báculo y unas tablillas o matracas que hacían sonar de continuo para anunciar su presencia. Porque la lepra se consideraba dolencia, amén de incurable, harto contagiosa.

El emperador Constantino enfermó de tan temible mal. Le recomendaron sus médicos se bañara en la sangre de 3.000 niños. Las madres de las criaturas le suplicaron perdonara a sus hijos. Constantino accedió a sus ruegos. Recurrió a san Silvestre y logró curarse.

Otra leyenda atribuye el descubrimiento del aceite de chaulmogra, uno de los remedios más o menos eficaces conocido hasta hace escasos años, al rey Ram de la India y a la princesa Pya. El rey padecía de lepra. Huyó de su palacio, abandonó el trono, se refugió en la selva. Allí conoció a la bella princesa Pya, quien también había dejado su país al saberse enferma de la terrorífica dolencia. Se enamoraron. Se alimentaban únicamente de flores y semillas de chaulmogra. Curaron por completo. Se casaron. Ram recuperó su trono. Y reinaron largos años, felices. Llegaron a tener 16 gemelos.

En Mallorca, en el Medioevo, como en el resto de Europa, a los leprosos se les aislaba, rigurosamente, en lazaretos, lejos de las poblaciones. En *Ciutat* existió el *Hospital dels Massells* o de *St. Llatze*, que estaba ubicado en los alrededores de la puerta de Santa Catalina, donde hoy se encuentra el grupo escolar Jaime I.

Este hospital se trasladó, años más tarde, debido a su pésimo estado de conservación, a otro edificio sito en *Les set aigos*, por el camino de Inca, donde estuvieron, en tiempos remotos, las cocheras de los tranvías de Palma. Por los alrededores abundaban las huertas, los estanques. El paludismo era frecuentísimo. Las larvas del mosquito transmisor de las tercianas, el *Anopheles*, se desarrollaba copiosamente en las aguas estancadas. Los leprosos, muy sensibles siempre a toda suerte de infecciones, se contagiaron, y murieron muchos de ellos. Su situación era lamentable. Además, la humedad enmohecía las comidas. Y, «els llits estan podrits i florits,

que sols veure-ho mou a llastima».

No sólo era el temor al contagio el que hacía aislar tan cruelmente a los leprosos. También existía la creencia religiosa, fuertemente arraigada, judeo-cristiana, de que esta enfermedad constituía un justo castigo a los pecados cometidos por los hombres. Dios los punía así. Luego, Nuestro Señor Jesucristo aseguraba su ascensión a los cielos.

Con sumo cuidado y profesionalidad diagnosticaban el *instigador dels massells*, el *cap de guayta*, los *morbers* (el médico de los leprosos, los médicos de la Morbería, después), la presencia de la enfermedad en los individuos sospechosos. Les examinaban *de capita ad calcem*, de la cabeza a los pies. Observaban la cara, la nariz, las orejas, las espaldas, el pecho, los brazos, las manos, las rodillas, las piernas, los pies. Consideraban las alteraciones del color de la piel, sus zonas anestésicas. La falta de cejas era un signo de alarma, como la *vox rauca*; y la voz *catulina*, semejante al ladrido de un perro pequeño. Muchas veces la sintomatología era bien evidente. Los lepromas, las tumoraciones, deformaban la cara, constituían la llamada *facis leonina*. Y se ulceraban y gangrenaban a lo largo del cuerpo despidiendo un olor fétido.

Contreras y Rosselló hacen un pormenorizado estudio de las vicisitudes sufridas por el *Hospital dels Massells*; su culto religioso, su economía, sus rentas. La alimentación que se daba a los hospitalizados. Dieta sorprendentemente abundante para la época. En el siglo XVIII el Hospital de los leprosos se incorpora, al fin, con sus copiosos ingresos, al *Hospital General*. La lepra había desaparecido, prácticamente. En 1704 solamente había 2 leprosos hospitalizados. A últimos del siglo XVI llegó a haber 20.

La extinción natural de la lepra en Mallorca coincidió con el auge de la tuberculosis. El bacilo de Koch y el de Hansen son, al parecer, antagónicos.

El libro que reseñamos ha sido editado, atractivamente, por el Taller Gràfic Ramon. Merced a la ayuda del Govern Balear, de las Consellerías de Sanitat i Consum y de Cultura, Educació i Esports. Es una cumplida muestra del fecundo quehacer historiográfico de sus autores. Un fiel testimonio de cómo ha desaparecido de nuestra isla una enfermedad crónica, contagiosa y siniestra que atemorizó, en pasados tiempos, a su población.

J.M.^aR. Tejerina